



Capítulo 215 - El Monarca de las Sombras

—Últimamente he estado ignorando muchas cosas, ¿verdad? —dijo Vergil, con la voz impregnada de irritación contenida mientras fijaba la mirada en Ashborne—. El secuestro de mi esposa. Ataques del Vaticano. Una reunión infernal llena de inútiles... ¿Pero sabes qué? —Levantó la mirada, ahora afilada como una espada—. Voy a matarte.

Ashborne arqueó una ceja y dejó caer a Stella como si fuera desechable. Su cuerpo maltrecho golpeó el suelo con un golpe sordo.

"¿De verdad?", replicó Ashborne con desdén, con una sonrisa de suficiencia en los labios. "¿Tú y cuántos más?"

Pero antes de que pudiera terminar de hablar, un escalofrío recorrió su columna: una advertencia primaria de peligro inminente.

Ni siquiera vio a Vergil moverse. En un abrir y cerrar de ojos, Vergil estaba detrás de él; su abrumadora presencia era imposible de ignorar.

Vergil se arrodilló junto a Stella, ignorando momentáneamente a Ashborne. Extendió una mano y la tocó con suavidad. «Te curaré. Lamento que alguien se haya atrevido a hacerte daño así».

La rabia hervía dentro de él mientras su energía demoníaca comenzaba a fluir.

Zafiro tenía razón... Stella no era una luchadora. Era más bien una maga... Ese cobarde la atacó sin siquiera darle la oportunidad de defenderse.





Bajo el control absoluto de Vergil, su energía comenzó a reconstruir el cuerpo mutilado de Stella. Nuevos brazos crecieron como moldeados por su pura voluntad, y su pierna fue restaurada a la perfección, como si nunca hubiera sido destruida.

Los ojos de Stella, ahora más vibrantes, se fijaron en Vergil. Entreabrió los labios, con voz débil y apenas audible: «Por favor... si lo matas... seré tuya...».

Vergil le puso una mano en la frente, un gesto de consuelo. «Descansa».

Se puso de pie y finalmente centró su atención en Ashborne. En su mano, el Yamato Sacro demoníaco se materializó; su espada irradiaba un aura extraña y abrumadora que parecía capaz de cortar no solo la carne, sino la esencia misma.

"Me pregunto", comenzó Vergil con voz fría como el acero, "¿qué lleva a un hombre a actuar así contra su propia familia?"

Su mirada se clavó en Ashborne mientras la habitación parecía temblar bajo el peso de su presencia.

Ashborne entrecerró los ojos, pero la sonrisa petulante de su rostro empezó a flaquear. El escalofrío que le recorrió la espalda era innegable. Vergil no era un oponente cualquiera; era algo más que eso: un depredador en su máxima expresión, y Ashborne lo sentía ahora más que nunca.

—Hablas de familia como si la entendieras —gruñó Ashborne, intentando recuperar el control de la situación—. Pero la familia es debilidad. Un sentimentalismo tonto que solo hunde a la gente.





Vergil ladeó levemente la cabeza, con expresión inmutable. "¿Debilidad? No. La familia es lo que nos da un propósito, algo que claramente nunca has entendido."

Dio un paso adelante, y el sonido resonó por el pasillo, un presagio de lo que estaba por venir. «Eres una pérdida de tiempo».

Ashborne rugió, intentando resistir el peso sofocante de la presencia de Vergil. "¡Soy Ashborne! ¡El que forja reinos y comanda hordas! ¡No eres más que un insecto que necesita ser aplastado!"

Con un movimiento rápido, Ashborne cargó, su propia energía demoníaca estallando a su alrededor como una tempestad negra. Sus manos, afiladas como espadas, atacaron con toda su fuerza, con el objetivo de derribar a Vergil.

Pero Virgilio ya no estaba allí.

En un instante, desapareció, reapareciendo justo encima de Ashborne. El Yamato Sacro demoníaco brilló con una luz fría cuando Vergil atacó. La espada cortó el aire, emitiendo un sonido casi etéreo antes de dar en el blanco.

Ashborne apenas logró bloquear el golpe, cruzando los brazos en una defensa desesperada. Aun así, la fuerza del ataque lo lanzó hacia atrás, estrellándolo contra una de las paredes de la sala. La estructura tembló por el impacto, y las grietas se extendieron por la superficie como una telaraña.

Vergil aterrizó suavemente, con la mirada fija en su oponente caído. «Tu fuerza no sirve de nada sin un propósito», dijo en voz baja pero aguda. «Y el único propósito que servirás hoy será el de dar ejemplo».





Ashborne se levantó con dificultad, con sangre filtrándose por las comisuras de la boca. Miró a Vergil con furia. "¿Crees que ya has ganado? ¡Soy eterno! Tu espada no puede..."

Vergil se movió de nuevo, pero esta vez el golpe no pretendía herir, sino humillar. La hoja de Yamato pasó cerca del rostro de Ashborne, cortando un solo cabello, pero la fuerza del ataque fue suficiente para hacer que el suelo se derrumbara bajo sus pies.

"Si te consideras eterno, entonces veamos qué tan duradera es realmente tu arrogancia", dijo Vergil con frialdad, acercándose una vez más.

Ashborne rugió, liberando toda su energía en un ataque desesperado. La sala fue consumida por una explosión de oscuridad y fuego, pero Vergil permaneció inmóvil en el centro, mientras la energía a su alrededor se dispersaba como si perdiera el control ante su presencia.

"Se acabó", declaró Vergil, levantando a Yamato. "Te lo has buscado tú mismo".

"Eleva."

Las palabras de Ashborne resonaron por toda la sala, impregnadas de un poder siniestro. De las grietas del suelo y las sombras de las paredes, empezaron a surgir figuras. Eran espectros envueltos en auras ennegrecidas, con los ojos brillando como brasas en el vacío. Cada uno portaba armas retorcidas; su presencia exudaba un frío mortal que parecía drenar la vida del aire que los rodeaba.

Vergil observó en silencio cómo las criaturas formaban una línea entre él y Ashborne. Un ejército de sombras, entidades espectrales invocadas por el antiguo poder que Ashborne ejercía como Caballero de la Muerte.





"Ah, sí...", murmuró Vergil con voz casi contemplativa mientras observaba a los espectros. "El poder del Monarca de las Sombras... o mejor dicho, del Caballero de la Muerte."

Ashborne sonrió con maliciosa satisfacción. «Ya conoces mi título. Así que debes entenderlo: nadie se ha enfrentado jamás a este poder y ha sobrevivido. Estos guerreros son almas que he arrancado de las profundidades, soldados que no descansarán mientras yo exista».

Los espectros avanzaron como una marea de oscuridad hacia Vergil. El suelo tembló bajo el peso de sus energías combinadas, y un grito colectivo brotó de ellos: los gritos angustiosos de almas atormentadas que buscaban venganza.

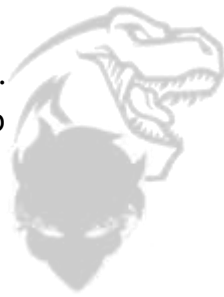
Vergil suspiró, levantando el Yamato Sacro demoníaco con serena precisión. Su mirada permaneció fija en Ashborne, ignorando por completo al ejército que lo rodeaba.

"Los soldados muertos no hacen ninguna diferencia en una pelea uno contra uno".

Con un movimiento rápido y preciso, Vergil blandió su espada en un arco impecable. No hubo fuerza excesiva, solo una elegancia devastadora. Una luz carmesí atravesó el aire, expandiéndose en una onda a su alrededor.

Al cesar el ataque, la sala quedó en un silencio absoluto. Los espectros se quedaron inmóviles, sus formas titilando como llamas moribundas. Entonces, en un instante, comenzaron a desintegrarse, convirtiéndose en polvo negro que se desvaneció en el éter.

Los ojos de Ashborne se abrieron de par en par, su expresión era una mezcla de incredulidad y rabia.





"¿Destruiste mi ejército... con un solo golpe?"

Vergil dio un paso adelante, y cada movimiento irradiaba una presión sofocante. No respondió, solo ladeó ligeramente la cabeza, como si dijera que había sido trivial.

"Zafiro me enseñó muchas cosas, y mi madre, Sephirothy, me enseñó aún más", dijo Virgilio con una leve sonrisa.

Ashborne rugió una vez más, y la energía a su alrededor estalló en un huracán de oscuridad. "¡Soy eterno! ¡No puedes vencerme!"

Vergil lo miró con una serenidad gélida, alzando de nuevo el Yamato. «La eternidad es solo cuestión de perspectiva. Y ahora, te liberaré de ella».

Avanzó a toda velocidad, tan rápido que pareció fundirse con la oscuridad misma. Ashborne intentó reaccionar, pero su energía, sus ataques y sus gritos de furia fueron silenciados por un único y decisivo movimiento.

La espada de Yamato atravesó el aire y el alma de Ashborne, un golpe tan preciso que pareció dividir momentáneamente el tiempo.

Ashborne se quedó paralizado, con el cuerpo temblando. Su energía empezó a disiparse y un tenue resplandor emanó de su interior, como una llama moribunda.

"Imposible..." murmuró, cayendo de rodillas. "Soy... eterno..."

Vergil lo miró impasible. «La eternidad termina aquí».



Con esas palabras, el cuerpo de Ashborne se deshizo, fracturándose en sombras que se desvanecieron en el vacío, dejando solo silencio en la sala en ruinas.

Vergil exhaló suavemente y bajó la espada mientras el brillo del Yamato se atenuaba. Se giró y caminó hacia la barrera de energía protectora donde Stella y Roxanne se encontraban protegidas.

"El pasado ya no tendrá poder sobre tu futuro", dijo con voz resuelta.

"¿Hm?" Hizo una pausa y miró hacia atrás.

Flotando en el aire había un extraño orbe de fuego y sombra, oscuro y etéreo, como si lo llamara.

